

MEMENTO

BEGOÑA QUESADA

MEMENTO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Imagen cubierta: Begoña Quesada

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: febrero de 2026

© Begoña Quesada, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputació, 262, 2^a 1^a
08007 Barcelonal
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1184-6

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Dep.Leg.: B 22998-2025

Impreso en España

A Maribel y Toño,
y a la ferretería en la que se sembró todo.

«I do what I like and I like what I do.
Today I am a screever and as you can see, a screever is
an artist of the highest degree.
And it is all my own work, from my own memory»,

Chim chim cheree,
Bert el Deshollinador en *Mary Poppins*

CAPÍTULO UNO

¡Cuántas veces lo pensé!

Antes temía fallar.

Antes temía.

Antes.

El sol del amanecer es ecuánime, justo. Se levanta sobre las manchas de sangre, los rincones donde orinan, las alcantarillas, los basureros, desinfectando la oscuridad. El universo otorga otro día, otra oportunidad para corregir.

Siempre que nadie le haya arrancado los ojos a tu hermano o abierto la cabeza a tu padre mientras tú te escondías entre pieles a medio curtir. Entonces el primer sol no importa. Importa el olvido: la memoria correcta como supervivencia.

Me gusta salir a correr cuando llega este sol por estrenar, solvente y decolorante. Me viene bien. Las montañas del vertedero de La Austriaca, el más viejo de Madrid, parecen a esta hora laderas compactas. Los restos de las personas, las cosas que dejan atrás, desaparecen, se transforman y resurgen.

Después de una intervención como la de anoche, necesito correr, llevar mi cuerpo al límite, vaciar mi mente y chocar contra el muro de mi agotamiento. Siento los dados en

el bolsillo. Yo soy la llave del olvido y el puente hacia la supervivencia.

Laila no recordará los ojos de su hermano como gelatinas, tampoco los gritos de su madre al ver como despiezan a su hijo, la voz ahogada al paso del cuchillo. Ni siquiera recordará su casa, la curtiembre de su padre en el patio, las cabras o la ciudad de Homs. Sólo sabrá que viene de Siria, que tiene nueve años y que ahora está en un país donde se habla otro idioma, que aprenderá y a través del cual construirá sus nuevos recuerdos, sin el trauma de una memoria tan lacerante como innecesaria. Y podrá volver a aceptar el tacto de otra piel.

Desde el punto más alto del vertedero se ve la ciudad, el esqueleto de las torres, el cráneo de la Almudena y las vértebras del Palacio Real. Madrid es una gran ciudad. Flexible. Asimila, digiere y construye. Madrid persiste. Pese a todo lo que pasa por este basurero.

Incluido Juan Calvino. No se puede negar que tenía un cerebro creativo, capaz de dar las vueltas necesarias para que la tuerca ajustase sus planes a la realidad. Nunca resultó convencional, pero la primera vez fue la más extravagante. «Se trataba de llamar tu atención, de hacerte entrar en este mundo paralelo», me dijo meses más tarde, casi sonriendo. Un mundo alterno, diría yo ahora. Entrás y sales de un universo a otro, pero es imposible mantener una vida en los dos al mismo tiempo.

Calvino apareció un día sentado en una gran butaca blanca y dorada entre la basura de La Austriaca, como una alucinación al final de mi carrera cuando, jadeante, alcanzaba lo alto de la colina. Su impoluto asiento con orejeras en pan de oro brillaba sobre el fondo ceniciento. Sorbía té de una

taza de porcelana con flores esmaltadas. El gancho de su nariz rasgaba la cortina de vapor. Bebe como un pájaro y luego devuelve su anguloso traje contra el respaldo, observándome en la distancia con sus ojos negros como botones. Era imposible no fijarse en él.

Al principio, disimulé haciendo estiramientos y mirando las pulsaciones en el reloj, pero sentía su mirada sobre mí: sopla, sorbe y mira, sopla, sorbe y mira. Reanudé la carrera, alejándome, aunque en su dirección. No podía evitarlo, me atraía.

Los montones de basura me hicieron acercarme desde atrás. Podía ver sus codos a ambos lados del respaldo de la butaca, como las alas de un cuervo, y una ligera nube de vapor sobre su cabeza. Cuando llegué hasta él, resoplé para recuperar el aliento. Más fuerte de lo normal, para hacerme oír. Tardó un minuto en admitir mi presencia.

Mi querido Calvino, tan bueno en la escenografía, tan perfeccionista en lo ficticio y tan chapuzas en la vida real. Tenía mujer e hija y adoraba a las dos, pero adoraba más su trabajo. Cuando Juan Calvino estira la chaqueta de su traje para sentarse en la butaca de La Austriaca comienza sin darse cuenta su última gran representación y, a lo largo de los meses siguientes, siente las fisuras en la escafandra hasta que no aguantan más la presión.

—Buenos días, Lauro... Excelentes vistas, ¿verdad? Quién me lo iba a decir, pensaba que había visto Madrid desde todos sus agujeros.

Me pareció capaz de mirarte con un solo ojo.

—¿Lo conozco?

—Ahora sí. Juan Calvino. Quizá debiera haberme dirigido a usted como doctor, doctor López Lobo. No, mejor de tú.

Dejó la taza sobre una caja de Estrella de Galicia y se levantó.

—Si vamos a trabajar juntos, mejor de tú, Lauro.

El traje negro pareció desplegarse, y Calvino tomó forma humana. Alto y estrecho. Ligeramente encorvado.

—No hace falta que frotes la taza ni ninguna lámpara de las que hay por ahí, pero soy tu genio. Vengo a cumplir tu sueño.

Sus labios formaron una sonrisa monosilábica. Una excavadora avanzó a lo lejos entre jirones y el clamor de las gaviotas resonó sobre nosotros.

—¿Y qué tal si empezamos porque me expliques cómo sabes mi nombre?

—Si de verdad yo fuese un genio, ¿realmente me preguntarías eso?

La intriga me hizo escuchar, al menos un minuto más.

—Lo que has hecho con Laila está muy bien, y antes con los otros, con Abdur, Amir, Joseph... Samuel, incluso.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lauro, Lauro., que soy el genio de la lámpara.

—Me estoy quedando frío. Tengo que volver a correr. Nos vemos, genio.

Ajustando las pulsaciones en el reloj, retomé la carrera colina abajo.

—Lauro, no te cabrees, hombre. Y, sobre todo, no te asustes.

Alzó la voz:

—Escúchame, Lauro. Si no por ti, por Samuel. O por Pilar y Mario, o por Matilda, tu hija.

Me detuve y me giré hacia él.

El sol se había levantado sobre la espalda de Calvino, de quien veía sólo sus ojos voluminosos, apuntándome. Lo cier-

to es que aún hoy, incluso después de haberlos visto muertos, los recuerdo intimidatorios.

—Trabajo para gente muy poderosa. Siguen tus investigaciones desde hace años. Les interesas, quieren ayudarte. Queremos que trabajes para nosotros.

Calvino intentó otra sonrisa y dio unos pasos hacia mí.

—Más bien, queremos trabajar contigo. Eres el mejor en tu campo.

Se acercó más.

—Una misión, única, con mínimo riesgo siempre que cumplas las reglas, y muy bien remunerada. Y lo que sé que para ti es más importante...

Sentí su peso sobre el suelo. Apoyó el índice en mi pecho. Retrocedí, percibí los dados en el bolsillo, me distraje y casi pierdo el equilibrio.

—Sin restricciones legales, sin explicaciones éticas, sin testigos.

Con cada frase, imprimía sus ojos sobre mí.

—Sin justificaciones. Volar en tu universo.

Batió sus manos como dos alas.

—¿Qué, Lauro? ¿Qué me dices?

—No sé de qué me hablas.

Ahora él dio un paso atrás.

—Los ratones no dan para más, Lauro. Sabemos que este último año has pasado de localizar en su cerebro los recuerdos formados en los cinco minutos antes de su muerte a ubicar impresiones cada vez más remotas, de toda su vida. Y a discernirlas. Ya no sólo de comportamiento reproductivo o defensivo, sino recuerdos más específicos. Lo sabemos. Y también sabemos que eres capaz de borrarlos, aunque esto aún

no lo has publicado. Y que ya sabes hacerlo sin cargarte al ratón, modificando la actividad neuronal en cerebros vivos. Pero ¿cuánta vida tiene un ratón, Lauro?

El bip de mi reloj anunció que me tocaba reanudar la carrera o detener el control del entrenamiento. Calvino miró hacia Madrid.

—Primero de tu promoción, la Fulbright, doctor *cum laude*, Harvard, tentado por las farmacéuticas más poderosas del mundo, por compañeros del MIT, por el propio gobierno de China y luego por el de tu país. Qué gran futuro, Lauro, detrás de ti...

Se acercó y bajó la voz.

—¿Cuántos años tienen que pasar hasta que puedas materializar lo que ya sabes? ¿Cuántos, hasta que puedas aplicar tu procedimiento en humanos sin esconderte? ¿Cuántas Lailas a medio tratar en esa residencia de Alcalá antes de estar seguro, cuando te encuentras con el cerebro de alguien como plastilina entre tus manos, de que lo que estás haciendo funcionará? ¿A cuánta gente quieres dejar a mitad del túnel?

Recuerdo ahora esa voz de Calvino como un incienso profundo.

—Y lo que es más importante: ¿cuánto tiempo quieres dejar pasar hasta que demuestres que tienes razón? ¿Un año? ¿Diez? ¿Veinticinco? ¿Correr el riesgo de que Daniel te robe el descubrimiento, o que lo haga el próximo aprendiz que resbale por los intestinos de la investigación americana hasta las alcantarillas de tu laboratorio...? Por favor, evita cualquier mención a la inteligencia artificial. ¡Estoy hasta las pelotas de la inteligencia artificial!

Ya no notaba la camiseta fría, sólo tenía ojos para la mirada de Calvino.

—¿Cómo sabes tú lo de Alcalá?

—Llevas seis meses tratando a niños salidos de la guerra de Siria que te proporciona el comisario en los bajos de la residencia de los jesuitas. Un total de trece personas. Hombre, Lauro... Te pediría un poquito de confianza.

—Has hablado con Gerardo.

—Te acabo de proponer una misión secreta. Ni el comisario ni el cura saben nada.

Miré el reloj como un reflejo. Deseaba no estar allí.

—Cuéntame más. Un minuto.

CAPÍTULO DOS

—Te llevamos en un avión a una base militar en el sur de Italia. Allí tratas a tu paciente. Abres, borras lo que tienes que borrar y cierras. Nadie se entrometerá. Te pagamos y te devolvemos a tu casa. Veinticuatro horas.

—¿Quién es el paciente?

Calvino se miró los zapatos. Me di cuenta de que eran casi triangulares.

—Antes de decírtelo, me gustaría...

—Si crees que voy a aceptar sin saber quién y por qué, no te mereces «un poquito de confianza».

—Stefano, veintiún años. Hijo de un hombre poderoso, con muchos tentáculos. Lo hemos extraído de un campamento islámico en el desierto libio.

—¿Estás de broma?

—¿Tiene pinta esto de ser una broma?

Miró a su alrededor y se detuvo frente a la butaca, ahora torcida sobre la basura.

—Extravagante, quizá. Pero ésta es la parte más divertida de mi trabajo, es donde puedo ser más... creativo.

Pese a lo afilado de su nariz y unos dedos como uñas de gallina, sus ojos eran la característica más penetrante.

—Guarda esta tarjeta. Son coordenadas. Antes de mañana a las ocho, sitúate en este punto con tu móvil encendido. Entenderé que dices que sí.

Los números sobre la tarjeta verde y rayada estaban escritos con bolígrafo.

—Un millón de euros y una máquina del tiempo, saltarte veinticinco años. Si crees que puedes renunciar a eso, no vayas.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, como esperando una respuesta.

—Pero entonces tendremos que buscar otra forma. Y no dudes de que lo haremos. Llevamos siglos haciéndolo. Los problemas son inmutables, son las soluciones las que varían.

Se acercó a la caja, sorbió un par de sorbos de té y se atusó el traje. Pareció meditar observando los picados de las gaviotas sobre la basura.

—Pobres criaturas, me pregunto si se acuerdan del mar... La próxima vez pediré *earl grey*, no me gustan estos té s afrutados.

Lo vi desaparecer entre los montones de neumáticos y me dio la sensación de que un coro de gaviotas lo seguía. Sentí frío, la camiseta sudada volvía a estar pegada a la espalda. Me quité los pesos de los tobillos, y mis piernas volaron ladera abajo. Noté los dados repicando bajo la tela del pantalón.

Me dije entonces que tenía que impedir que Daniel descubriese ese recorrido para su entrenamiento. Correr es un deporte solitario.

Pensé en Pilar y en que hoy tampoco pasaría por el taller para regatear el precio del Mini rojo al que ella aspiraba. Diecisiete años juntos, cinco en la universidad, los dos

que yo pasé en Boston y diez desde que regresé. Cuántas aspiraciones incumplidas. En la facultad, en el laboratorio y en mi casa.

Me acordé entonces de que tenía que ir a Correos a recoger una carta certificada. Llevaba meses intentando publicar un artículo en un par de revistas científicas, pero no daban mis resultados con ratones como válidos: nadie conseguía reproducirlos. Y de que al día siguiente tenía cita con el decano para recordarle su promesa de concederme dos investigadores más. ¡Si se diera cuenta de las regalías que podría llegar a cobrar la universidad por esta investigación!

Había reconocido en el registro del ordenador las llamadas de mi investigador principal, Daniel Hernández, con laboratorios en Estocolmo, y su LinkedIn no paraba de enviarme alertas sobre sus nuevos contactos con dos universidades suecas. En cualquier momento dejaría su dimisión encima de la mesa. Era un impertinente cabezón y un poco lameculos, pero sus ideas iban en la dirección correcta. Hasta Daniel me resultaba luminoso en aquella época, cuando cada día tenía que entrar en el aula inmensa y roída de la Facultad de Medicina para formatear a los médicos de mañana con ideas de antes de ayer. Los ojos de Calvino reaparecieron en mi memoria.

Cuanto más pensaba, más corría, y de reojo veía subir las cifras del pulsómetro. Me paré en el semáforo del paseo de la Esperanza; sentía palpar mis venas, me costaba respirar. Al cambiar a verde, un mendigo me cerró el paso con *La Farola*. Aparté el periódico sucio y crucé aumentando el ritmo para mejorar mi tiempo. «Un millón de euros y una máquina del tiempo». «Buscaremos a alguien más». «¿Cuántos tie-

nes que dejar a mitad del túnel?». Las palabras de Calvino regresaban a borbotones. «¡Qué gran futuro detrás de ti!». Aceleré. Ya podía ver mi portal al final de la calle.

Sólo otro semáforo más. Estaba en rojo. Empecé a cruzar, y una furgoneta de Amazon me esquivó por un metro. Saqué el móvil del bolsillo para disimular el susto y abrí el *e-mail*. Bajé la lista hasta el final, los mensajes antiguos que nunca borraba: los del MIT y su oferta de hace dos años; los del Ministerio y la Comunidad de Madrid, prometiéndome otra vez inversiones; uno de Pilar, diciéndome que me esperaba en el aeropuerto; varios de Mario. Volví al principio, donde seguía sin aparecer la respuesta del decano confirmando la reunión. El comisario Gerardo me proponía volver a quedar en Alcalá a finales de mes para jugar al mus, lo que quería decir que esperaba otro caso urgente. Decidí parar el pulsómetro y llamar a Pilar.

—¿Te has ido a correr? No te he oído.

—Me alegro de no haberte molestado.

—Tengo que salir para la clínica en cinco minutos. Matilda también se ha levantado tarde, acaba de entrar en la ducha. Nos vemos por la noche.

—Estoy a dos minutos de casa. Quería darte un beso antes de que te fueras.

—Te iba a dejar una nota para ver si podías pasar por el súper antes de ir a la facultad y comprar el cordero para la cena del sábado.

—¿Qué cena?

—¿No te acuerdas? Con Mario. Quedamos en que le prepararía cordero con cuscús al estilo marroquí. Tengo prisa. Tengo que terminar de arreglarme.

El semáforo se puso verde. Mi hermano Mario cada vez pasaba más tiempo con nosotros. Con sus horarios, aceptando los casos más absurdos de la comisaría, no hacía vida propia. Empezaba a estar harto de verlo por casa. Cuando tenía un pie en el portal, sonó el teléfono.

—¡Hombre, Mario! Estaba pensando en ti. En lo de la cena del sábado.

—Te llamaba por eso. ¿Qué tal si nos vamos a escalar a Patones el sábado Pilar, Matilda, tú y yo?

—¡Puf! Hace años, Mario. No sé ni dónde tengo las cuerdas, ni los anclajes, ni nada. Y Matilda prácticamente no ha escalado nunca. Además, yo estaré volviendo de Bilbao.

—Hay que meterle el gusanillo ahora que es joven. Yo puedo ir con ella y luego cenamos juntos. Pilar me dijo que me iba a preparar cordero a lo moro.

—Marroquí, Mario, es una receta marroquí. El sábado no podemos. Matilda tiene deberes o un entrenamiento, o algo así. Y a mí me viene fatal... Cuando llegue de Bilbao, tengo que volver a escribir a la Comunidad de Madrid y al Ministerio.

—Piénsatelo, Bacterio. Le preguntaré a Pilar, a ver si ella te anima. Podríamos, además...

—Se va a cortar, Mario, que entro en el ascensor.

Recuerdo que subí las escaleras de dos en dos y que, una vez más, como en otro millón de ocasiones, me pregunté si aquella noche en El Espinar yo había hecho bien las cosas. Hacía ya once años. O si había dejado a Mario en mitad del túnel.

CAPÍTULO TRES

Esa tarde bajé las escaleras hacia el garaje de la facultad contento. No sé si porque el galanteo de Calvino seguía rondándome la cabeza, porque por fin era jueves o porque había logrado evitar a Teresa, nuestra secretaria. Casi.

—¿Profesor?

La guardiana de las esencias frenó en seco. Su pequeña cabeza colgando de las gafas asomó por la ventanilla del Clio blanco.

—Hombre, Teresa. ¿Ya te vas? Hasta mañana, que tengas buena tarde.

—Yo sí, profesor. Son las cinco. Pero usted, no. Es jueves. Tiene tutoría hasta las siete.

Sus ojos asomaban sobre las gafas negras como dos pequeños hocicos.

—Pero no hay nadie, mujer. Los acabo de ver a todos en clase, además.

—Pero las tutorías hay que respetarlas, doctor López. Para eso se le paga.

No acababa de acostumbrarme a eso de «doctor López». En su boca, era un nombre con estratos, una capa de corrección bajo otra de disolvente.

—Se me paga, se me paga... Depende. Además, voy hacia el laboratorio para...

Ella subió el tono a medida que ascendía el cristal a golpe de manivela, o ése es el efecto en mi memoria.

—Usted verá, doctor López. Que ya lleva aquí unos añitos. Luego salimos como salimos en las encuestas. ¡La universidad pública no es el coño de la Bernarda!

El coño de la Bernarda rebotó contras las paredes del garaje hasta darme en la cabeza, dejándome sin posibilidad de contestar.

Me puse el cinturón y pronto me incorporé a la avenida de la Complutense, que estaba casi vacía. Creí que llegaría sin problemas a Correos, pero, al entrar en la M-30, mi Fiat Uno se fundió con una serpiente de metal que apenas reptaba hacia el norte. Llovía de forma indecisa, ahora lluevo ahora no, y los coches ronroneaban. En Madrid llueve poco y como para molestar, porque los madrileños no saben mojarse. Se refugian en sus coches, temerosos de acartonarse. A mí me gusta la lluvia; el agua altera el ritmo de las cosas y abre grietas.

Decidí aparcar en la calle de la gasolinera. Cuando llegué por fin a Correos, pasaban diez minutos de la hora. Llamé al cristal. Un señor con bigote de morsa tocó el reloj y negó con la cabeza. La señora de los pechos grandes que me había atendido la última vez se asomó desde detrás de una columna y descorrió el cerrojo.

—Doctor Lobo, ¿cómo está?

Había leído el remite de mis envíos.

—Encantado de verla. Es sobre este aviso que me dejaron la semana pasada.

Se tocó uno de sus pendientes naranjas mientras caminaba hacia el mostrador, donde inclinó todas las esferas de su cuerpo sobre una torre de cartas apiladas al otro lado.

—Lauro López Lobo, aquí está. No hace falta que me enseñe el carné, doctor.

Era lo que esperaba.

—De la revista *Science and Neurology* de Londres, nada menos, doctor.

—Gracias. Y que tenga una buena noche.

Guardé el sobre bajo el abrigo, me sequé la frente con la manga y decidí caminar hasta el quiosco de la calle paralela. Me gustaba llevarle piruletas de corazón a Matilda; se las comía a la salida de los entrenamientos. Compré cinco y, antes de abrir el sobre bajo el alero del edificio, me metí una en la boca. Apreté la mandíbula y la rompí a la mitad: rechazaban otra vez mi investigación sobre memoria por falta de avales.

«¿Cuánto tiempo tienes que esperar?», la voz de Calvino me asaltó. Tiré la carta contra una alcantarilla y regresé atravesando el paso bajo la avenida de los Franceses.

En esta ciudad te pueden robar el móvil sobre la barra de un bar en lo que te bebes un cortado o abrirte el bolso en un recorrido de autobús de menos de cinco minutos. Los rateros se aprovechan de que el madrileño es gentil con el roce y la proximidad. Pero es una ciudad segura. Mis turnos hasta la medianoche en el Hospital de La Princesa cuando terminé la carrera eran mis favoritos porque volvía andando a casa. De lo mejor que se puede hacer en Madrid es caminar, sobre todo cuando se oyen los cambios de los semáforos y las luces verdes de los taxis descosen la noche.

En los subterráneos, entre las venas de esta ciudad, es donde yo me siento más dueño.

El tubo violáceo se reflejaba sobre los charcos.

—Esta vez, Samuel, me estás quedando impecable.

En ese callejón empecé a hacer grafitis. Pasé meses creando composiciones en las que aparecía el niño Samuel, al que cultivaba con amor en mi memoria. El mundo según Samuel. El buen grafiti hace de la realidad sobre la que se dibuja otra mejor.

Samuel tenía seis años, y se murió una semana después de pasar por Alcalá. Llegó a Tarifa en una patera con una herida infectada de esquirla en la pierna y un cerebro lleno de fantasmas. Fue mi primer paciente en la residencia de los jesuitas. La infección se extendió a la sangre, pero durmió tranquilo sus siete últimas noches.

Con un rotulador, maticé sus pies, elevándolos sobre un bosque de olivos. En ese momento, una chica entró en el túnel y cerró su paraguas. Pasó tras de mí marcando sus tacos. Me vio, pero, si le preguntasen a ella por aquel instante, sólo recordaría al niño azul gigante al que las ramas acarician los pies. Mi obra impregnando su memoria. Sonreí satisfecho, dándole vueltas al caramelo en la boca.

Llegué a casa justo al terminar la piruleta.

Olía a lasaña. Las casas huelen a la vida que ocurre dentro.

—La cena estará lista en veinte minutos.

—¿Y Matilda?

Pilar se dejó besar en la mejilla.

—En su habitación.

—¿Y esto qué es?

—Una obra de arte que he comprado esta mañana.

El cuerno de ciervo plateado medía medio metro. Me alegré de que estuviera sobre la encimera de granito y no sobre la estantería de Ikea.

—Pensé que tu prioridad era cambiar el sofá. ¿Dónde piensas ponerlo?

—Ya iré viendo.

Pilar pensaba la vida en gerundio en aquella época; para mí era una clara señal de que se deslizaba por ella, en vez de agarrarla. Pasaba «por» porque no quería estar «en» su vida.

—Martina, de Majadahonda, ¿te acuerdas? La clienta de la clínica que se operó los labios y las orejas a la vez. Ahora es escultora. Me ha hecho precio de amiga. Nosotros vamos necesitando cosas así, con estilo. Y tiene contactos en el colegio británico.

Coleccionaba recortes de revistas de muebles para nuestra futura casa, aunque era evidente que seguiríamos de alquilar muchos años. Guardaba fundas de cojines y sábanas en la parte alta del armario y peinaba con devoción diaria las webs de cinco inmobiliarias.

Como acabo de decir, el tiempo demostró que rehuía para no huir. El problema no era habitacional.

—Es más sana que la lasaña congelada y me sale por menos. ¿Vas poniendo la mesa? Ha llegado la factura de la luz.

Junto al recibo había un artículo de la sección de ciencia de *El Mundo*.

—Lo recorté del periódico de la clínica. Para todas las horas que le dedicaste, te cita una vez y cerca del final, algo sobre la compartimentación de la memoria. Al de la Autónoma le da más espacio. También nombra a Daniel.

Su frase era más larga. Hasta su cargo tenía más palabras. Un tren de palabras. Te subes o no. Calvino.

—El caso es que se hable de la neurobiología y que el ministro o el consejero de turno lo lea y se acuerde de mí. Y que el decano me confirme la cita de una vez.

Abrí la nevera buscando una cerveza.

—¿Y el del Mini?

—Nada, no ha querido bajarse de la burra.

—A Mario tampoco le estaba pareciendo tan buena compra.

Sólo quedaba sin alcohol. No sabía que mi hermano también se inmiscuía en eso.

—Voy a ver a Matilda y a darme una ducha.

—Diez minutos, o se pasa la lasaña.

Ésta es una de las formas como más recuerdo a Matilda, y lamento que sea de espaldas. El flexo crea un arco de luz entre su pelo y la libreta, y Matilda está sumergida dentro, navegando entre sus dibujos. Al pie del escritorio tiene la bolsa de la piscina. Veo palitos blancos de piruletas asomando. Huele al gel de baño S3. Se oye el rotulador sobre el papel. Me acerco despacio y le doy un beso en el pelo, donde empieza la luz. Matilda, mi anhelo, querida como amor propio.

—¿Los has copiado o son tuyos? Éste de la servilleta está genial.

—¡Papá! ¿Tú qué crees? ¿Cómo los voy a copiar?

—La trenza te ha salido muy bien. No es fácil dibujar el pelo... Te he traído piruletas.

—Mételas ahí. ¡Gracias!

Me guiñó un ojo y se volvió a colocar los cascos. Cerrar esa puerta es salir de un paréntesis luminoso.

Dejé el reloj, la tarjeta de Calvino y los dados, como rubíes sobre el cartón verde, en el cajón bajo el espejo, y tiré toda la ropa a lavar. Matilda estaba creciendo, se veía también en lo que convertía en objeto de sus dibujos. Corrí la cortina y templé el agua.

En aquella época, cuando reflexionaba sobre Matilda, pensaba siempre en aquella noche en El Espinar. Aún lo hago a veces.